



EL HIJO DEL VERDUGO.

NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE FINALIZAN los sucesos; nunca esperadas fortunas de este Mancebo, natural de la Ciudad de Córdoba, el cual mereció los mas altos empleos en los Reinos de las Indias, como lo verá el curioso en esta

SEGUNDA PARTE.

Supuesto, noble Auditorio,
que dije en la primer plana
que en esta remataria
lo que en la otra faltaba;
atencion pido, supuesto
que ya voy á declararla.
Llegó con felicidad
de Vera-Cruz á España
el famoso don Fernando,
con joyas ricas, y galas,
saltó en tierra, y luego al punto
á Madrid la vuelta daba,
entre sí considerando
su fortuna, y su desgracia.
Pensativo, triste, y solo,
noches, y dias pasaba,
como ausente de su Esposa,
que era lo que mas amaba,

á su fortuna se queja,
en ver que le fue contraria:
de Dios implora el ausilio,
pidiendo que lo amparara.
A si mismo se pregunta,
cual Juez de su propia causa:
Qué desdicha fué la mia?
yo fui por ventura causa
del defecto de mis Padres,
que en mi son penas dobladas?
Que pague la culpa el reo,
es muy justo que se haga;
pero aquel que no la tiene,
como hay Ley para pagarla?
Arguyéndose á si mismo,
en esto se desvelaba.
Encontró con un ardid,
que á su intento convidaba,

que el que entendimiento tiene,
algunos conceptos halla.
Enseñándose á si mismo,
se puso una rica gala,
previniendo un buen bolsillo,
y las prendas de importancia,
fue en casa del Almirante
de Castilla, y preguntaba,
si está en casa su Escelencia,
que le permitan la entrada,
que un criado suyo quiere,
puesto á sus pies, dos palabras.
Entró un Paje, y se lo dijo,
y dió licencia que entrara.
Tan cortés como bizarro
entró el Mancebo en la sala,
hízole una cortesía,
y á sus pies se arrodillaba:
Invictísimo Señor,
yo soy la mas desgraciada
criatura de todo el Mundo;
mas de serlo no soy causa,
fue Dios servido de darme
un padre de prendas bajas,
tan inferior que me corro,
pues es de mi afrenta causa,
que si yo eligiera padre,
ni aun el Rey me contentara.
Fuíme á las Indias, y en ellas
de mí se pagó una Dama,
que es hija de un Caballero
del Orden de Calatrava.
Apadrinóme un amigo,
diciendo, que le constaba,
ser yo noble, y deudo suyo,
y dando las circunstancias,
con su misma Ejecutoria,
de hidalgo pasé yo plaza,
sin serlo, á cuya fineza
mi persona está obligada.
Caséme, y me honró mi suegro
con liberal mano franca,

gran señor, y estando un dia
fuera de mi misma casa,
me reconoció un sugeto,
hijo de mi propia patria;
neguéme al conocimiento,
y no me aprovechó nada,
fue forzoso el descubirme,
y soborné su dañada
intencion, con que otro dia
me dijo, si no le daba
doscientos pesos de pronto;
daria cuenta en mi casa.
Quise matarlo, y huyóme,
fue á mi suegro, le declara
la verdad de mi desdicha,
que aqui no puedo negarla:
Considere su Escelencia,
qué gusto habria en mi casa.
Supe con todo secreto,
que mi suegro deseaba
matarme; mas no lo culpo,
que si en su lugar me hallara,
hiciera, Señor, lo mismo,
y satisfaccion tomára.
Esta es, Señor, la verdad
de todo lo que me pasa,
mi fortuna me ha traído,
tu patrocinio me valga,
honrad, Señor este triste
que desvalido se halla,
que es muy propio en los Señores
favorecer, si en su casa
toman asilo los pobres,
y dar honra á quien le falta.
Reciba ahora su Escelencia
aquesta memoria escasa,
que quisiera darle en ella
el valor de toda España,
los tesoros de las Indias,
las máquinas soberanas.
Dióle el bolsillo y las prendas,
y entre ellas una granada,

cuyos granos son rubies,
en diamantes, y esmeraldas,
con la corteza de oro,
y las hojas esmaltadas.
El Almirante al instante,
de la mano le levanta,
mandando á su Mayordomo,
que le pusiese una sala,
y cuide su asistimiento
con criados, y criadas.
Y al cabo de pocos días,
mandó que la mejor gala
que tuviese, se la ponga,
y en su carroza lo embarca.
Fueron los dos á Palacio
de nuestro invicto Monarca
Rey, y Señor, á quien Dios
guarde por edades largas,
su lado siniestro ocupa,
llegando á las Reales salas,
delante del Sacro Sólido
de la Magestad Cesárea:
Habla al Almirante el Rey;
el cual dijo estas palabras:
quién es este que á tu lado
vuestra persona acompaña?
Es mi pariente, Señor,
que á ver esta Corte baja,
y Aldeas de sus Estados,
y su persona inclinada
á las Indias siempre ha sido:
si su Magestad gustara
de darle un Gobierno en ellas,
y juntamente le honrara
con un Hábito, porque
su persona veneráran,
y un Decreto juntamente,
con Sello Real, y las Armas,
para un sugeto que en Lima,
donde mi pariente estaba,
disfamó, sin conocerle
porque el tal no se ocupaba,

sino en deshorrar á buenos,
y deslucir muchas casas.
Si, Almirante (el Rey le dice)
soy gustoso en que se haga.
Beso vuestras Reales manos,
y estimo merced tan alta.
Pasa al Consejo de Estado,
y sin aprovacion saca
Hábito de San-Tiago,
Gobierno cuanto vacára,
y el Decreto, se volvieron
en la Carroza á su casa.
Don Fernando se despide,
con muy urbanas palabras,
dándole agradecimientos
por lo mucho que le honraba.
Váyase en paz (le responde)
y mire, antes que se vaya,
que le advierto, que me escriba
y no se dilate nada,
que en lo que se le ofreciere,
avise, para que se haga.
Partió don Fernando á Cádiz
llevándose en su compañía
criados, que á su persona
fausto, y aparato daban.
Volvió en placer los pesares,
que de antes le molestaban:
cada hora le parece
que un siglo se le pasaba.
Sopló el viento en su favor,
y en Lima se desembarca,
con la Venera á los pechos,
y al lado la Cruz de grana.
Llegó á su casa orgulloso,
y al punto á su suegro llama:
Ya es tiempo, Señor (le dice)
que veais si está casada
vuestra hija, como os dijo
el hombre de vil prosapia,
que infamó de mi linage
los honores de mi casa,

ya está claro lo dudoso,
mi Esposa digo me traigas.
Yo te la concedo; dice
el suegro, y al yerno abraza.
Sacáronla del Convento,
tierna los brazos le daba,
las fiestas, y regocijos,
toros, y juegos de cañas
que mandó hacer Don Jacinto,
dígalo por mi la fama.
Presentaron el Decreto
á la Justicia ordinaria,
al delincuente prendieron
y por las calles, y plazas
lo azotaron, y despues
á una Isla lo arrojaban:
Sacaron al Mercader

de la prision donde estaba,
y á casa de Don Jacinto,
con decencia lo llevaban,
venerando su persona,
á los dos afiliaban
por deudos del Almirante,
descendientes de su casa,
y para que sus honores
por todo se divulgara,
el Obispo, y el Virrey,
y Señores de importancia
empeñaban su persona
en los negocios de España,
del Consejo, y de la Côte,
y él se lo facilitaba.
Y el Autor pide y suplica
perdon de sus muchas faltas.

FIN.

*Sevilla, Imprenta de la Viuda de Caro, calle de Génova
núm. 11 nuevo, donde se hallará gran surtido de Historias,
Romances, Relaciones, Estampas de á
medio pliego y Novenas.*